

# *Viaje al centro de la fábula* de Augusto Monterroso

---

*Mario Muñoz*

**S**ería necio hacer una presentación extensa de un libro de Augusto Monterroso, escritor que ama la brevedad o, para decirlo con propiedad, la precisión. En estas líneas trataré, por añadidura, de eludir los lugares comunes que la crítica ha vertido en repetidas ocasiones sobre su obra, concretando mi comentario a describir, en líneas generales, algunas de las ideas que vertebran las diez entrevistas reunidas en *Viaje al centro de la fábula*.

Una presentación aspira a incitar a la lectura del texto que es objeto de tal distinción, pero tratándose de nuestro autor, sobran las palabras. Sus escritos hablan por sí solos, y cualquier comentario que hagamos de ellos nunca estará a la altura de las circunstancias. Consciente de esta desventaja que enfrente de antemano, procuraré atenerme a mis propias vivencias de lector y no de crítico.

En una de las páginas de este libro, a una pregunta de Elda Peralta, Monterroso contesta, entre otras cosas, “que la entrevista es el único género literario que nuestra época ha inventado”. En esta respuesta hay todo un compendio de conocimientos que el autor encuestado pone a disposición de los críticos, periodistas y escritores que lo interrogan sobre el ejercicio de la literatura tal como lo ha practicado desde la juventud. En el intercambio y confrontación de opiniones recogidas en este volumen, es interesante advertir cómo los lectores, aun siendo profesionales, a menudo caen en juicios unilaterales que encasillan a determinado autor en ciertas definiciones sin que la totalidad de su obra entre necesariamente en esos parámetros. Es así como se ha hecho extensiva la opinión de que Monterroso es por principio de cuentas un humorista con marcada predilección por la ironía y la brevedad.

Hace tiempo vengo escuchando y leyendo esta forma taxativa de recorrer sus diferentes y variadas composiciones, sorprendiéndome de que se las clasifique bajo un mismo denominador. Sospechaba de la verdad de esos tópicos pero también dudaba de mis apreciaciones personales, pues tengo a bien pensar que las páginas humorísticas son menos abundantes

de lo que la gente cree. En cambio, otras tonalidades emotivas, intensas o soterradas, fluyen por los cuentos, las fábulas y los textos misceláneos de nuestro autor.

Confrontando las opiniones vertidas en el libro, advierto que, en efecto, el humor, la ironía y la brevedad son una parte, y no la totalidad, de ese universo literario, que visto en su conjunto es una constelación de significados que apuntan hacia diferentes y muy variadas direcciones. Las declaraciones del autor con respecto a los equívocos anotados, servirán de guía para los lectores que, en lo sucesivo, no se dejarán llevar por valoraciones demasiado amplias que sólo simplifican la dimensión de una obra que escapa a clasificaciones unilaterales.

Además de esta corrección de óptica interpretativa, en las entrevistas Monterroso expone sin rebuscamientos lo que pudiéramos denominar su *poética*, si entiendo por este término los procedimientos técnicos y estilísticos que un escritor va conquistando arduamente para comunicar su visión del mundo y de la literatura. En ellas habla, entre otros muchos temas, de su formación autodidacta, de la primacía artística sobre el compromiso político explícito, del lento proceso que significa la preparación de cada libro suyo, de lo improductivo del arte en la sociedad de consumo, de los elementos que caracterizan al ensayo y al cuento, de la actitud lúdica asumida por él frente a la literatura, de su predilección por los seres fracasados, de la lectura como ejercicio cotidiano... Y entre muchas cosas más, la discreción y el temor a escribir que lo caracterizan, ya que según confiesa a Jorge Ruffinelli, “nunca he creído ser escritor”. Palabras que me sorprenden viniendo de un hombre cuya vida está marcada precisamente por el lenguaje, y que deberían servir de ejemplo a tantos incipientes e impacientes escritores a los que se les queman las manos por publicar.

Comparto la incertidumbre de Monterroso ante la letra escrita, pues si un escritor de la talla de nuestro invitado experimenta ese temor, qué podré decir yo, inhábil comentarista, cuando he pretendido en unas cuantas líneas condensar las ideas e inquietudes que este notable narrador ha desarrollado en amena y sabia conversación con sus eventuales interlocutores, que, para ser exactos, son legión.

Sólo me resta invitarlos a que disfruten de estas diez entrevistas que ofrecen, con singular transparencia, el perfil artístico y humano de un hombre que ha hecho de la creación literaria un compromiso a toda prueba.